

EL LUNES

DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Noviembre 26 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.—Núm. 17.

LA CARTA

POR

ALBERTO DELPIT

(TRADUCIDO DEL FRANCÉS POR DANIEL MUÑOZ)

Terminada la primera parte de LOS AMORES DE MARTA, y coincidiendo esa circunstancia con la ausencia de su autor, D. Carlos María Ramírez, suspendemos la continuación hasta su regreso, llenando el espacio con obras escogidas publicadas en la REVUE DES DEUX MONDES, y que traducimos espresamente para EL LUNES.

Sobrada garantía del mérito literario de esas obras, es el haber sido publicadas en la acreditada Revista que cuenta entre sus colaboradores á los más distinguidos hombres de letras.

Empezamos hoy con LA CARTA, de Alberto Delpit, cuyo mérito dejamos librado á la apreciación del lector, en la seguridad de que sabrá apreciarlo en lo que vale.

I

ELLA bajó del carruaje pagado de antemano, y desapareció dentro de la casa. Abrió la puerta de un compartimento del primer piso, entró vivamente, y se apoyó sobre la pared capitoneada, después de haberse levantado el velo. Durante un minuto, permaneció allí, pálida, temblorosa, entornados los ojos, próxima á desfallecer. Después penetró en la segunda pieza y miró en torno suyo. Era un nido de amor aquella pequeña alcoba en medio del París febril. Flores por todas partes; cojines apilados al azar sobre la mullida alfombra. A la izquierda un piano; al fondo, un lecho, con columnas, muy ancho, cubierto con raso negro. Fuera, el silencio de la avenida Kleber. La Condesa Fernanda de Ryant permanecía de pie, paseando su mirada sombría sobre todos aquellos objetos familiares, cada uno de los cuales encerraba un recuerdo. Y aquellos recuerdos entraban uno á uno en su corazón. Aquella mujer morena, alta, esbelta, con sus ojos de un verde extraño, era la agonía viviente. Sin moverse, de pie, dijo en alta voz: «¿Qué contestará?» Trascurrieron todavía tres ó cuatro minutos silenciosos, pesados. Una llave rechinó en la cerradura, y un cambio instantáneo se operó en la Condesa. Las mujeres son admirables comediantes.

Cuando Enrique Servain entró, ella sonreía. La tomó en sus brazos y la estrechó por largo rato con locura. Se hubiera dicho que aquellos dos seres olvidaban el mundo en lo infinito de aquella caricia ardiente. Pero Fernanda sufría demasiado para olvidar. Al poco rato se desprendió de los brazos que la oprimían y se sentó en un sofá. El se colocó sobre un cojín á sus pies, y entonces ella le dijo dulcemente:

—Hace un siglo que no te veo, y te he visto ayer.

Dime que me quieres!

—Te adoro!

—¿Tanto como hace un año?

—Más.

—Un año.... ya! Es que yo soy celosa. Tienes tantas tentacio-

nes! Eres joven, eres célebre. Hay tantas mujeres á quienes tu música apasiona, y que te hacen la corte... aunque no sea mas que por arrebatármelo!

El no comprendió la amargura de aquellas palabras. No desconfiaba de nada. Y repitió:

—Yo te adoro!

—Sin contar los teatros á que estás obligado á concurrir, continuó ella. ¿Ha ido bien hoy el ensayo de tu ópera?

—Muy bien.

Ella se echó á reír y prosiguió:

—¿No sabes? Hace poco que vino á verme Juana. Me ha contado que la que va á cantar la principal parte... ¿Cómo se llama, pues?... La que se estrena?

—Luisa Plantier.

—Esa misma. Pues bien, Juana me ha dicho que esa Luisa Plantier está enamorada de tí, y que tú la encuentras muy bien.... oh! pero muy bien! Ha querido hacerme sufrir. Es natural,... mi mejor amiga!

Enrique desviaba su mirada. A aquel hombre fino, con sus ojos sinceros, debía repugnarle la mentira.

—Estoy segura de que no me has engañado! Y sin embargo, te lo repito, siempre tengo miedo. ¿Tú no te has fijado en esa cantatriz?

—Pero.... nó!

—¿Deveras?

—Deveras.

—Tú sabes bien que yo amo en tí tanto la nobleza de tu carácter como la nobleza de tu talento. Dame tu palabra de honor de que no me engañas, y yo te creeré.

—Te doy mi palabra de honor.

Ella se puso de pie, altiva, nerviosa, y arrancándose la máscara de ternura, dijo:

—Cobarde! cobarde! cobarde!.... Tú eres el amante de esa mujer! tú le has escrito! Mira, aquí tienes la carta. Si tú me hubieses confesado la verdad yo te habría perdonado un extravío de los sentidos. Pero tú has comprometido tu honor.... tú has mentido como un lacayo sorprendido en una falta! ¿te he engañado yo alguna vez? ¿No te lo he dicho todo? Mal casada.... mis tentaciones, tentaciones vanas hasta el día en que te encontré. Yo me entregué á tí perdidamente, cansada de mi vida mundana y falsa. Todo lo he arriesgado con placer. Me he comprometido con delicia. Todo París sabe nuestra union, mi marido, nuestros amigos, todo el mundo en fin. Eso me era indiferente: tú me amabas y yo te amaba! ¿Qué me importaba mi honor, desde que me adormecía en mi amor?

Enrique hizo un movimiento brusco.

—Pues bien! sí, exclamó él, he mentido cobardemente! tenía miedo de perderte.... Pero yo te amo.... te amo, y no puedo vivir sin tí!

—Pues es necesario que puedas.... Yo ya no te amo, te desprecio.... Adios!

Él se plantó frente á la puerta, con los brazos cruzados y la cabeza erguida.

—Oye, le dijo, tú me conoces: si no me perdonas, me mato.

Ella se echó á reír, con una risa cruel y dolorosa, y le contestó:

—Anda! Esas cosas se hacen; no se anuncian.

Enrique se apartó y friamente repuso:

—Está bien... Pasa.

II

Como de costumbre, Mr. de Ryant volvió á su casa á las siete de la tarde. Le dijeron que la condesa estaba con jaqueca y que no quería recibir á nadie. El quedó contrariado, muy contrariado. No admitía la jaqueca, esa enfermedad complaciente. Los biliosos no comprenden jamás la nerviosidad de los otros. Por un extraordinario, aquel rey de la finanza, célebre por sus millones, por sus caballos de carrera, por sus tres diarios, estaba solo aquella noche. Le faltaba su corte habitual. Se fué á comer al Club. Al día siguiente, en el almuerzo y la comida, recibió la misma respuesta: «La señora Condesa estaba enferma y no quería recibir á nadie.» Recien al tercer día apareció Fernanda, pálida, deshecha por aquellas cuarenta y ocho horas de agonía moral.

—Te pido que me disculpes, dijo á su marido, pero he estado muy enferma.

Mr. de Ryant le besó la mano, sin responder, le ofreció el brazo, y la condujo al comedor. Por las ventanas, á traves de los árboles del jardín, entraba un rayo de sol, de ese sol de invierno que parece una sonrisa triste. El conde comió con apetito, como un hombre que trabaja mucho: un almuerzo sustancioso pero breve. Los esposos cambiaron apenas algunas palabras delante de los sirvientes. Generalmente, á las once y media, el conde se levantaba de la mesa, se despedía de su esposa, y volvía á su escritorio, donde daba audiencia hasta las tres. Aquel día dijo con negligencia:

—Tengo necesidad de conversar contigo, mi querida amiga.— ¿Quieres permitirme que te acompañe á tu salita?

Fernanda hizo un gesto de sorpresa. Después de diez años de matrimonio, era la primera vez que el Conde alteraba sus hábitos.

Él continuó:

—Ya sabes que esta noche es el estreno de *La Princesse de Bagdad* y veo con placer que podrás ir.

Llegados á la salita, Fernanda se sentó y miró á su marido: un hombre alto, delgado, frio, muy tranquilo; la mirada metálica de sus ojos azules, sonreía.

—Mi querida Fernanda, dijo, permíteme que establezca claramente nuestra situacion reciproca. Cuando me casé contigo, eras pobre. Yo no te pedí tu amor, sino tu amistad, y he recibido de ti lo que tenia derecho de esperar, teniendo el doble de tus años. Tú me has traído tu belleza soberbia, tu talento incomparable, tu esquisita educación, haciendo que mi casa sea una de las tres ó cuatro que se citan como modelo de elegancia. Por mi parte, creo haber cumplido fielmente el contrato tácito convenido entre nosotros. Tu vida es enteramente libre. Tú tienes tus relaciones, como yo tengo las mías. No te he pedido mas que una cosa, y es la de que si querias tener amigos... mas íntimos que los demás, fuesen esos amigos de mi agrado. Debo hacerte la justicia de declarar que hasta ahora no he tenido nada que reprocharte. Los hombres y las mujeres que recibes son todos encantadores. Tú amas las personas de talento, como Mr. de Rouvray, los artistas como Enrique Servain; no veo ningun mal en eso.

Fernanda se agitó. El conde continuó resuelta y tranquilamente, sin recalcar ninguna de sus palabras:

—Muy entretenido es ese señor Rouvray. Qué talento y qué tacto! Te hacia una corte asidua ¿no es verdad? No te ruborices. Yo no soy celoso. Se le vé menos por aquí desde hace un año. Pobre Rouvray! Probablemente no le gusta la música, y como se hace tanta música aquí... tu amigo, Enrique Servain, debe haberlo, aburrido. Encantador este tambien. Tiene talento... oh! mucho talento! Desgraciadamente es un hombre un poco atañero. Tú, que eres su amiga, aconséjale que suavice su carac-

ter. Ese jóven es muy distinguido, pero afecta demasiado desprecio por el dinero. Eso, como tú comprendes, humilla á mis pobres millones. Rouvray hablaba siempre de sus caballos; Servain siempre habia de su música. Por Dios! yo no quisiera mas que me gustase la música tambien. Pero ¿qué quieres? Yo soy muy sensible á las maneras de las personas. Si Servain fuese tan amable como Rouvray, yo te aseguro que no me disgustaría.

Fernanda comprendía. Sintió frio en el corazon, pero pronto recobró su valor. Iba á contestar, cuando su marido, que habia permanecido de pié hasta entónces, se sentó junto á ella, y con su eterna sonrisa enigmática, continuó:

—Y pues te pido que des un consejo á tu amigo Servain, dígnate permitirme que te dé tambien uno á tí. ¿Sabes qué es lo que detesto más en la vida, mi querida Fernanda? Es el drama. Detras del drama, está siempre el escándalo. Ahora bien: el mundo perdona todo, menos el escándalo. La opinion! respetar la opinion: ahí está el secreto de la vida. Ahora te veo nerviosa, enferma. Calmate, cúrate. Piensa que todos somos invulnerables en tanto que sabemos evitar el escándalo. La opinion...! qué fuerza, mi querida.

Ella hizo un gesto de indignacion. Su pudor de mujer, sangraba. Friamente, su marido le decia: «Tu nuevo amante no me gusta; prefería el otro! Porque él creía verdaderamente que aquel Mr. de Rouvray, aquel Adonis sonriente y estúpido, habia sido su amante.

—Hasta luego á la noche, mi querida Fernanda! concluyó el Conde poniéndose de pié.

Besó la mano de su mujer y se retiró. El rostro de aquel hombre habia recobrado su máscara de impassibilidad. Atravesó los dos salones y la estensa galeria poblada de pinturas y de estatuas, que no miraba jamás. Un sirviente de confianza lo esperaba á la puerta de su escritorio, y al verlo se puso de pié, diciendo:

—El correo del señor Conde está sobre la mesa.

Mr. de Ryant entró, y halló unas cincuenta cartas personales. En su casa no tenia secretario. Abrió aquellas cartas una á una, leyéndolas de prisa, y en seguida las echaba en una gran caja de laca, poniendo de lado las que merecian una respuesta. Abria una de las últimas, cuando hizo un movimiento: aquella carta comenzaba con estas dos palabras: «Mi querida...» Entónces dió vuelta el sobre y vió el nombre de su mujer. Tuvo un momento de hesitacion. Por su mirada pasó un relámpago.

Y leyó:

«Mi querida: tú recibirás esta carta á medio dia: en ese momento, tú estas siempre sola. Te esperaré en la avenida Kebler hasta las tres. Si tú no vienes, si tú no me perdonas, yo me mato.

«Enrique.»

Nuevamente brilló un relámpago en los ojos del Conde. Algo como una mueca plegó sus labios delgados, se metió la carta en el bolsillo, se levantó. y llamando á su sirviente, le dijo:

— Mi cupé!

III.

Fernanda terminaba sus aprontes para salir. Eran las cinco: la hora en que generalmente salia para arrojarle en los brazos de su amante. Desde el almuerzo, asediaban su espíritu crueles pensamientos, y poco á poco, sus sufrimientos debilitaban sus celos. El amor volvía á revivir en aquel corazon herido en lo vivo. Cuán vacío le parecería el mundo si Enrique no lo llenase!

Mr. de Ryant apareció bruscamente.

—Perdóname que venga sin hacerme anunciar, le dijo, pero tenia apuro por reparar un olvido. Me han entregado recien esta carta por equivocacion. La he abierto sin fijarme: tómalala.

Y mirándola á la cara, le entregó la carta de Enrique Servain.

Su marido la habia leído! Mil pensamientos asaltaron el cerebro de Fernanda. Ella comprendió el drama que se desarrollaba en su torno, y lo aceptó valientemente. Ella recordaba la con-

versacion de la mañana. Su marido no haria escándalo. Pero ¿no seria aquello un lazo? ¿no la echaria? Y bien! Ella perdonaria al infiel, y juntos irian á ocultar su felicidad en cualquier parte.

Ella tambien miró al Conde cara á cara, y en seguida leyó la carta. Al llegar á la última linea, lanzó un grito, una exclamacion salvaje:

—Enrique!

—Muerto.

Giró sobre sí misma, y se desplomó como un pájaro herido. Pero en seguida se levantó lentamente, como una máquina, y sin decir una palabra, sin derramar una lágrima, atravesó la alcoba y los salones, caminando derecha como una sonámbula. Llegada al patio, franqueó la alta puerta cochera, y detuvo á un carruaje de alquiler que pasaba.—A la Samaritana! dijo al cochero con la voz sin ritmo de las locas. Quedó inmóvil, el cuerpo derecho, sin recostarse al respaldo del carruaje, sin ver ni oír nada. Cuando el carruaje paró junto al malecon, ella bajó automáticamente los escalones de piedra gastados, pasó el pequeño puente, y subió á la barca. Allí se detuvo, contemplando el Sena hospitalario. Una gran hoguera ardía en su corazón, y necesitaba toda aquella agua para apagarla. Y se dejó resbalar al río, envolviéndose con voluptuosidad en aquella inmensa mortaja verde.

Sobre la barca, sobre el malecon, todos se agitaban y gritaban:

—No tiene nada!... La sacaron del agua inmediatamente!... Ni siquiera ha tenido tiempo de sentir frio.

Y Fernanda, que habia sido desnudada por dos sirvientas de *La Samaritana*, y en seguida envuelta entre frazadas de lana, yacia sobre el lecho de la patrona del establecimiento, mientras la muchedumbre seguia charlando fuera.

Mr. de Ryant habia seguido á la condesa. Pasó por medio al gentío, entró en la alcoba, se entendió pronto con el Comisario, dió las gracias á todos, dejó discretamente un billete de mil francos sobre la chimenea, é hizo llevar á su esposa á un carruaje que los condujo á su casa.

La desdichada no volvió en sí hasta que estuvo en su lecho, y recordó todo. Horror! Ella habia creído adormecerse en la muerte apacible, y se despertaba en la vida cruel. Miró en torno vagamente. Una lámpara iluminaba su cuarto, y sintió la mirada fria de su marido clavada en ella.

—Supongo que no te habrás olvidado, mi querida, dijo él lentamente. Dentro de dos horas... el estreno del drama de Dumas hijo... Es necesario que todó Paris te vea...

Ella se estremeció. Mr. de Ryant agregó con una voz breve, dominante:

—Tú comprendes... yo no puedo caer en el ridiculo. Allí están tus sirvientas que van á vestirme.

Las doncellas de servicio tomaron aquel cadáver viviente y lo vistieron; ella, desesperada, las dejó hacer, falta de fuerzas para resistir y de voz para protestar; aterradora con sus ojos sin lágrimas, sus ojos de loca muda, con su rostro pálido como la cera, con sus sacudimientos periódicos y convulsivos; y el vestido escotado de larga cola lució su lujoso corte, y los diamantes brillaron sobre sus hombros desnudos, y le pusieron flores en el cabello, y le prendieron los veinte botones de sus guantes de cabritilla negra; y aquella criatura humana, herida en el alma y en el cuerpo, se sintió arrastrada como en una pesadilla.

Quería llorar, y no podia; quería gritar y tampoco podia; le parecia que la vida se le iba gota á gota, y se preguntaba si la muerte no era aquello, aquel suplicio atroz que ella sufría; pero la muerte sin el olvido y con el pensamiento.

Iba á empezar el segundo acto de *La Princesa de Bagdad*, cuando Mr. y Madame de Ryant entraron en su palco N.º 27, bien al frente. Una conmocion general recorrió la sala. Se habia hablado tanto de la muerte de Servain en los corredores...! ¿Ignoraba la condesa el suicidio de su amante? Imposible. ¿Se

habrian engañado entónces? ¿Enrique Servain no seria más que su amigo? Se levantan tantos caramillos en Paris...! Sin embargo, aquella mujer lívida inspiraba miedo á los que adivinaban la tragedia, la horrible tragedia que se representaba en aquel palco tapizado de terciopelo rojo. Mr. de Ryant sentia que sobre ellos pesaba la curiosidad ansiosa y amenazante del público. Se inclinó hácia la condesa, y hablándole muy bajo, le dijo:

—Valor, Fernanda!... La opinion!... Nos miran.

En efecto, en la platea, todos se daban vuelta para ver mejor, y los comentarios corrian de butaca en butaca. En un extremo habia tres parisienses. El primero dijo:

—Decididamente, él no era su amante.

El segundo exclamó con tono indiferente:

—Peh!

El tercero agregó, con una risa estúpida, pesada,—una risa corbarde:

—Voy á subir á su palco á contarle lo sucedido. Ustedes miren á la condesa. Ya verán que cara pone!

ALBERTO DELPIT.

(De *La Revue de deux Mondes.*)

Mis Amores

(A CAVESTANY)

(Continuacion — Véase el número 16)

VIII.

¡Oh! deja que me engria y me solace
Trayendo lo pasado á la memoria,
Que á nueva vida así mi alma renace;

Que me olvide del arte y de la gloria,
Y pinte, y ria, y lllore dulcemente
Al narrar episodios de mi historia.

¡Venid, recuerdos míos, á la mente,
Y brotad y corred, sin orden, puros
Cual surge y corre el agua de la fuente!

Evocaré ante tí con mis conjuros,
Para que al verlo, plácido sonrias,
Mi antiguo hogar de enjalbegados muros,

Patio espacioso, verdes celosías
Y blancas azoteas, escenario
De mis pueriles juegos y alegrías.

Las flores hacen de él un incensario,
Y animanle palomas en bandadas,
Que se alzan á la voz del campanario.

Las olas del Atlántico encrespadas,
Llorando aún de Trafalgar la rota,
Se tienden á sus pies desconsoladas.

Y al seguir de la espuma la gaviota,
Y la aldea al cruzar, con su graznido
Las domésticas aves alborota.

IX

Allí, cuando el mar rugie enfurecido,
La barca pone en salvo y la red deja
Tendida al viento el pescador curtido,

Y aguijando de bueyes la pareja,
Surca, en vez de las aguas con la quilla,
El fértil suelo con la corva reja;

Y en cambio, el labrador, hecha la trilla,
Bajar suele a la pesca del marisco
O a tirar de la jábega a la orilla,

Y el pastor trafagar de risco en risco,
El retorcido caracol buscando
Con que el ható congrega en el aprisco.

X

De un fuerte que se va desmoronando
Las ruinosas murallas y bastiones
Dan al lugar aspecto venerando,

Aunque en vez de banderas y cañones,
Corónase de hiedra el almenaje
Y de nubes de garrulos aviones.

Rompe al pié del castillo el oleaje,
Llegándole a ceñir, cuando se explaya,
Con una cinta de nevado encaje,

Y una y otra fortísima atalaya,
De trecho en trecho en la ribera erguidas,
Dibujan el contorno de la playa.

A espaldas del hogar, végas tendidas,
Abruptas cumbres y apacibles lomas
Se muestran al trabajo agradecidas,

Y el naranjal esparce sus aromas,
Ufanase la vid, la miés ondea,
Arrullánse en los pinos las palomas,

La cabra en los barrancos ramonea,
Y el arroyo entre mirtos y juncuales
Más vivo que el azogue culebrea.

Allí, hasta en infecundos arenales,
Las hiedras y las zarzas lujuriosas
Enrédanse en las pitas y nopales,

Es todo el año Abril para las rosas,
Y está el espacio trasparente lleno
De enjambres de pintadas mariposas.

Dando vida a paisaje tan ameno,
Y belleza y unción, un templo santo,
Que alza su torre a la región del trueno;

El templo aquel que con alegre canto
Me saludó al nacer; el que Dios quiera
Que acompañe a mis hijos en su llanto,

Cuando, llegado al fin de mi carrera,
Entre los míos y mirando al cielo,
En la casita de mis padres mucra.

XI.

¡Mis padres! ¡Ah! ¡Si vieras con qué anhelo
Su amor busco, en la sed que me devora,
Como fuente de paz y de consuelo!

Bebo en ella ternura embriagadora,
Mi pecho acongojado se dilata
Y más lágrimas vierto que la aurora;

Lágrimas dulces y congoja grata,
Como hijas del placer que, cuando es hondo,
En suspiros y en llanto se desata.

Del corazón en el oculto fondo,
Donde lejos del mundo indiferente
Mis amores dulcísimos escondo,

La imagen de mis padres sonriente
Se ve con más pureza retratada
Que el cielo azul en cristalina fuente.

A mí vuelve la luz de la mirada,
En mis secretos íntimos penetra,
Y verás la vehemencia apasionada

Con que del cielo mi cariño impetra
El dejar, siempre que su nombre escribo,
Un pedazo del alma en cada letra.

XII

En medio del escándalo en que vivo,
¡Cuántas veces oír juzgo el acento
De mi madre, que me habla persuasivo,

Y hasta me llega a parecer que siento
Mi faz, que ajan las penas y los días,
Acariciada por su dulce aliento!

Entonces, a los triunfos y alegrías
De las artes y el mundo, a la opulencia,
A cuanto sueñan locas fantasías,

Preferiera el volver a la inocencia
Del tiempo en que ella con afán sembraba
La semilla del bien en mi conciencia,

Y mi razón dormida despertaba
Con leyendas piadosas, y mi sueño
Con besos y cantares arrullaba.

Nadie dijera, al ver mi torvo ceño,
Que aún incólume guardo la ternura
De aquel amor tan cándido y risueño,

Olvidando, al chocar con mi rudeza,
Que cuanto más el fruto es delicado
Necesita más áspera corteza.

XIII.

¡Cuántas veces también quedo arrobado
Las virtudes trayendo a la memoria
De mi padre y maestro idolatrado!

Con él por guía, al recorrer la historia,
Vislumbre al Hacedor tras el destino,
Al hombre conocí y amé la gloria.

Él de los pueblos me enseñó el camino,
Y reguló a mi vista en el espacio
De tanto sol y mundo el torbellino.

Hizo á mi mente caminar despacio,
Ya á las riendas del cálculo sujeta,
Ya á las leyes artísticas de Horacio.

Viendo dentro de mí como un profeta,
Me mostrò el cielo azul, y fui creyente;
La natura despues, y fui poeta;

Y á fin de que pintàra vivament e
Y con belleza lo que el alma humana
Mira en torno de sí, medita ò siente,

Ante mí desplegó la pompa ufana
Y el tesoro de gracias y hermosura
De la robusta lengua castellana.

XIV.

Mas ¡cuánto de mi amor á su ternura!
Ellos viven por mí, sueñan conmigo,
Reducen su ambicion á mi ventura,

Gozan lèjos de mí si la consigo,
Transidos de pesar si me abandona,
Me abren sus brazos para darme abrigo;

Si triunfo, su entusiasmo me corona;
Si desmayo, su acento me espolea;
Si delinco, su gracia me perdona;

Adáptanse á mis gustos y á mi idea,
Cual toma el agua puña de seguida
El color del lugar que la rodea;

Aun mas que yo se duelen de mi herida
Si me muerde el rencor, y el de mi muerte
Fuera el último instante de su vida.

XV.

Más no pido ni quiero de la suerte,
Que con darme tal bien me diò bastante
Para vivir en paz, dichoso y fuerte.

Quien pretende ambicioso y delirante
Las dichas apurar á todo costo,
Paréceme en locura semejante

Al labrador que por hacer su agosto
Tanto y con fuerza tal prensa el racimo
Que al fin concluye por agriar el mosto.

Más la humildad que la arrogancia estimo:
Estéril es la roca aunque bravia,
Y muy fecundo, aunque rastrero, el limo.

La montaña que al valle desafía
Porque en luz y en grandeza le aventaja,
Encuentra castigada su osadia

Por el rayo que airado la desgaja,
El huracan que indómito la azota
Y el hielo que perenne la amortaja.

Dèbil soy, mas sin miedo á la derrota,
Á luchar con los fuertes me aventuro;
Y así como la allgera gaviota

Ni teme el ronco mar ni el viento duro,
Y cierta del empuje de su vuelo,
Todo lugar parécete seguro,

Yo afronto toda lucha sin recelo,
Cierto de que la fè me da sus alas
Para que pueda remontarme al cielo.

XVI.

Más grato que pisar doradas salas
Y verme deslumbrado por el brillo,
Riqueza y hermosura de sus galas,

Me es el hogar de humilde pueblecillo,
Donde el ajuar es pobre, el aire sano,
El pan moreno y el vestir sencillo.

No allí el lenguaje artificioso y vano,
Ni la mortal ponzoña que adereza
Con mieles el astuto cortesano,

Sino el candor y rústica nobleza
De quien todo lo aprende de la pura,
Grandiosa y liberal naturaleza.

La paz, que es en el mundo la ventura,
Suele habitar callada alguna chosa,
De los bosques perdida en la espesura.

Bajo aquel techo de apretada broza,
Que al crujir por los vientos combatido,
Parece que se queja y que solloza,

Los días pasa quien allí ha nacido,
Sin sentir otro afán ni otros temores
Que los tiernos del ave por su nidò.

Emblema son allí de los amores
Las mariposas que en tranquila calma
Se besan en el cáliz de las flores,

Y llévanse en fructíferos la palma,
Que para ser fecundo el amor pide,
Salud al cuerpo y castidad al alma.

XVII

Nadie allí con zozobra el tiempo mide,
Que pasa tan callado, que parece
Querer que á reposar se le convide.

Como plata bruñida resplándece
En medio del ajuar el limpio acero
Del arado que el òcio no enmohece.

Para avivar la lumbre, en vez de cuero,
En el hogar anchísimo se quema
La mata de tomillo ò de romero,

Siendo de lujo la ambicion suprema
El vestir limpia ropa perfumada
Por el denso humo azul de la allucema.

A lo que abarca allí con la mirada
Reduce el hombre la extension del mundo
Del que no anhela ni conoce nada;

Para él no existe sabio más profundo
Que quien le augura, consultando al cielo,
Si el año será estéril ó fecundo;

Trabaja todo el día con anhelo,
Sin quejarse jamás del peso grave
Del azadon con que remueve el suelo;

Halla sueño en la noche largo y suave,
Y cuando el alba azul toca sus ojos,
Se despierta cantando como el ave.

XVIII

Ante tal majestad caigo de hinojos,
Desprecio la mundana logrería,
Los héroes de la fama dánme enojos,

Y ansioso de verdad y de poesía,
Busco en la gran Naturaleza asilo,
Como en el seno de la madre mía.

Rompiendo entónces, para mí, el sigilo
Que cierra sus arcanos, abrillanta
Los apagados tonos de mi estilo,

Con sus grandezas mi ánimo levanta,
Con sus dulces amores me enajena
Y con su pura sencillez me encanta.

XIX.

Muéstrame aquí la singular escena
De los nuevos enjambres zumadores
Que, al salir en tropel de la colmena,

Se apiñan en racimos bullidores,
Y parten en tendida caravana
En busca de otro asilo y otras flores;

La oruga que en su cárcel se arrellana,
Esperando el instante lisonjero
De convertirse en mariposa ufana,

O como, tras de súbito aguacero,
Sus viveres y larvas asolea
La hormiga en derredor del horniguero.

Allí el pino me llama y lisonjea,
Imitando, al mecerse en el espacio,
El rumor y el vaiven de la marea,

Ofreciendo á las tórtolas palacio,
Y abriendo el duro tronco á la resina,
Que se cuaja en botones de topacio.

Allá encuentro la alegre golondrina,
Que hasta que el nido abandonado toca,
Por desiertos y mares peregrina,

O la alondra, que canta como loca,
Bañándose en el agua que el rocío
Deposita en los huecos de la roca.

XX.

Adlázcome los días del estío
Recorriendo los altos matorrales
Que se alzan en las márgenes del río,

Donde flores me ofrecen los rosales,
Agraces uvas la silvestre parra
Y zarzamoras dulces los zarzales;

En oír cómo canta la cigarra,
Sobre la miés saltando de ola en ola,
Hasta que al fin sus élitros desgarrá;

En escuchar la alegre batahola,
Del gallo pendenciero, cuya cresta
Parece, en lo encendida; una amapola,

Y en buscar en el soto ó la floresta
Manso arroyuelo y pabellon de flores,
Que alivien los bochornos de la siesta.

JOSÉ VELARDE.

(Concluirá en el próximo número.)

PASATIEMPO

TAN enfermo estuvo un personaje célebre, que todos creyeron llegada su agonía: el enfermo empezó á mejorar, sin embargo, hallándose en poco tiempo fuera de peligro. Cuando estaba ya convaleciente, le pidió y obtuvo de él audiencia un editor.

—Señor!—le dijo, vengo á cumplimentar á V. E. por su alivio, que indirectamente me ha arruinado!

—¿Mi alivio?

—Sí, señor: vea V. E. esta necrología impresa, estos grabados que representan la capilla ardiente y las ceremonias mortuorias tales como se hubieran efectuado, á no ocurrir...

—El fracaso de mi restablecimiento, ¿no es verdad?

—¡Oh! no tal: celebro la pérdida y vengo á pedir algun favor.

—Comprendo: usted viene á suplicarme que me muera.

—Sería abusar.

—Entónces, espíquese usted.

—Pues bien, señor, deseo que mande V. E. se me abonen esos gastos de las cantidades destinadas á su entierro.

—¡Oh! concedido, concedido, y quede sepultado ese libro en mi lugar.

El editor salió del palacio, murmurando:

—Era seguro el negocio. En caso de vivir me abonaría los gastos con mucho gusto el enfermo; en caso de muerte hubieran pagado muy contentos la edicion sus herederos.

Un sabio se arruinó haciendo experimentos. Su mujer, desconsolada, le presentaba á menudo sus hijos, suplicándole con lágrimas en los ojos que tomase otra profesion y se hiciera ignorante.

—Créeme, eso produce más—le decía.

El sabio prometió no hacer sino el último experimento para hallar una fuerza que le haría seguramente rico.

La operacion se efectuó, produciendo una explosion horrible, y el sabio salió por la ventana.

—¡Eureka!—decía revolcándose y lleno de magulladuras:—el problema está resuelto: somos ricos.

—¿Quiénes?—le preguntó un amigo mirándole con lástima. ¡Desgraciado! ¡acabas de hacer volar á toda tu familia!

Todas las noches se arregla el mundo en la tertulia de don Próspero el boticario, hombres de ideas avanzadas.

Sostenia este la justicia de que se repartiesen á prorata as

ganancias de cada industria entre los que contribuyen á la produccion.

—Todos los que llevan á ella las materias y el trabajo indispensable, deben ser accionistas—decia.

—Bueno—le contestó un fabricante que le hacia la contra;—pero si se realizase tu teoria, ¿sabes, Próspero, quién seria el principal accionista en tu farmacia?

—¿Quién?

—El aguador.

Habia sido tan abundante en un lugar la cosecha de uvas, que faltaron pipas y tinajas para guardar el liquido.

Dióse aviso para que acudiesen á beber todos los vecinos. Las viejas llenaron sus botijos; se fregó el suelo con mosto, derramándose el sobrante con una manga de riego.

Apenas concluyeron de verterlo, llegó al pueblo un comisionista para comprar todo el mosto que hubiese.

Los cosecheros maldijeron su precipitacion, y dijo uno de ellos:

—Se me ocurre una idea para aumentar el vino.

—¡Habla!

—Voy á reunir al vecindario y pisotearlo en el lugar.

Cuando visité la casa de locos de Zaragoza quise ver á un amigo que vive allí feliz, muchos años hace, imaginando ser el Padre Eterno.

El loco me reconoció y me dió á besar la mano.

—¿Cómo estás?—le dije con cariño.

—Yo, bien—respondió,—pero á ti te encuentro mal. Ni siquiera has notado que estás tratando á Dios de tú.

Fragmento de una carta que dirige á su padre político un rector casado:

«Acabo de visitar las tierras que constituyen el dote de su hija; en ellas no se puede ni sembrar ni edificar, porque no son tierras, sino arenas. ¡Caballero! cuando se entrega á un hombre un trozo de desierto, se le dan siquiera camellos para atravesarle».

Dos banqueros, ya maduros, hablan de su juventud y sus amores.

—¡Tiempos aquellos!—esclama uno.

—¡Y qué conquistas!—añade el otro;—¿te acuerdas de Amparo?

—¿No me he de acordar? Todos los dias visito á otra Amparo en memoria suya. ¡Si vieras como se parecen!.....

—¿De veras?

—Pero encuentro entre las dos una diferencia. Aquella sólo exigia que la convidase á buñuelos. Ésta sólo se contenta con que la convide á diamantes.

—Hijos míos, mujer mía—decia un pobre hombre que entraba en su casa cojeando—me ha mordido un perro rabioso, y dentro de pocos dias rabiare.

La mujer y los hijos prorumpieron en verdaderos alaridos de dolor, luego trataron de llevar el herido á su lecho.

—Conozco mi situacion,—decia el padre resistiéndose,—he descendido de categoria; hacedme la cama en la perrera.

Al oír tantos lamentos se asomaron á los balcones los vecinos.

—¿Qué ocurre en esa casa?—preguntaban los transeuntes.

—Nada—respondian los vecinos;—es un padre rabioso que debe estar devorando á su familia.

Hay frases proverbiales que resultan á veces muy absurdas.

El banquero Fulano es tuerto, pero ve con solo el ojo izquierdo lo que no ven los demas con dos ojos. Tomó últimamente un secretario, y resultó tan inútil, que tuvo necesidad de despedirle.

—¿Conque no le ha servido á Vd. ese hombre?—le preguntaron.

—De nada absolutamente—contestó; era mi ojo derecho.

Don Lucas es un patán enriquecido. Ha oido que su hija quiere tener un plato pintado, y se dispone á sorprenderla, para lo cual entra en el estudio de un pintor y le manifiesta su deseo.

—Bueno—dice el artista;—¿y qué quiere usted que pinte en ese plato?

—En ese plato... en ese plato...—responde don Lucas ras-cándose la oreja—pues bien: pinteme usted una chuleta.

Don Isidro construye otra casa en frente de la suya y visita la obra con frecuencia. Ayer cayó en un baño de yeso, quedando completamente blanco. Refugióse á la carrera en su domicilio, pero el portero le detuvo.

—¿No me conoce usted?—le dijo con acritud el propietario.

El portero se quitó la gorra respetuosamente, pero siguió cerrando el paso.

—¿No me conoce usted?—repitió don Isidro cada vez más enfadado.

—Si, señor; pase usted adelante: usted debe ser la estatua de mi amo.

—¿Qué escritor tan concienzudo es don Froilan!—decian en el salon de la Academia.—Borra y corrige sus escritos como ninguno.

—Perdone usted—repuso un académico;—yo tenia escrita una obra en cinco tomos; me puse á corregirla, y borrando y borrando, ¿saben ustedes lo que conservo del libro?

—¿Un tomo?

—No, señor: me he quedado con el titulo.

Un hombre excesivamente delgado fué á consultar á su médico; éste le dijo:

—Tiene usted la solitaria.

—¿No podria usted extraermela?—preguntó el enfermo.

—Hombre, la cosa es fácil; pero si la extrajese, ¿qué le quedaria á usted dentro de su cuerpo?

—¿Qué me aconseja usted?

—Puesto que han de vivir juntos, le aconsejo que se lleve usted bien con ella.

Discutiendo acerca del Dios-Mundo y el No-Dios, se insultaron dos sabios.

—Eso me lo dirá Vd. aquí—exclamó el agraviado.

—Pues salgámonos fuera.

—Señores—dijo el presidente—y adónde irán Vds.! Ya se han salido de la cuestion y de sus casillas; han recorrido mentalmente la Creacion y todo lo comprendido en el tiempo y el espacio. Para reñir en otra parte sólo les queda el recurso de salirse fuera del infinito.

Se comieron los ratones la edicion de un libro insustancial.

—¿Qué sobrios son esos animalitos!—decia un amigo del autor—de cualquier cosa se alimentan.

—Hermanos míos—exclamaba en el púlpito un predicador;—huid de los saraos, huid de los paseos y teatros, donde las mu-

¡eres excitan las pasiones con todos los artificios del demonio. Vedlas aquí mismo, con traje provacadores y lacivos, y ved en sus miradas todo el fuego del infierno. Pero no las mireis si no ¡quereis condenaros; y si las mirais hermanos míos.....¡salvese quien pueda!

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 16

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas	Negras
—	—
C 8 D (jaque)	R 4 D
Enroca (jaque)	A 5 D
A 5 AD	Cualquiera.
T toma A (mate)	

No hemos recibido ninguna solución de este problema, lo que atribuimos al error padecido al presentarlo en tres jugadas, siendo, como se ve, en cuatro. Tan pronto nos apercibimos de ese error, lo salvamos en nuestro número del miércoles, pero es posible que esa rectificación haya pasado desapercibida para algunos, en cuyo número no titubeamos en colocar a el Duende que hasta ahora lleva descifrados todos los problemas que hemos dado a la publicidad.

Pedimos disculpa por el error sufrido, al cual es completamente ageno el autor del problema, Eduardín; y prometemos hacer por nuestra parte todo lo posible para evitar su repetición.

CHARADAS

1.ª Opera.—2.ª Bárbaro.

Ambas fueron descifradas por Una Floridense, Moniato, Pronto, Rafo, Timo, El negro, Bocas de cofre, y El trueno (San José).

La 2.ª fué descifrada por J. Llano (Durazno).

PALABRAS DESCOMPUESTAS

1.ª Tristeza.—2.ª Tinglado.—3.ª Mónstruo. 4.ª Algido.

Las cuatros fueron resueltas por Una Floridense, y J. Llano (Durazno). La 1.ª, 3.ª y 4.ª por Moniato y Pronto. La 1.ª y 3.ª por Timo.

GEROGLÍFICO N. 16

Con una tasa de café no me noto el estómago tan fuerte como con una jicara de chocolate.

Fuè descifrado por Moniato, Velay, Timo, Julia Prima, Pronto, Geodeon, El negro, Bocas de cofre, El superintendente nº 2, Maria Rittori, O. S., El trueno (San José), Un capuchino, y Nifellab.

FUGA DE VOCALES

¿Q. . —s. . nt. — . n — m. ? — ¿. lm. — m. . , — d. nd. — h. s. — d. q. . — l. — v. lv. r. — c. n — t. — l. z — m. — h. s — d. sl. mbr. d., q. . — l — pr. f. nd. — d. l. r — d. — m. — p. s. d. c. m. — n — s. . ñ. — f. g. z — h. y. — l — lv. d. ?

FUGA DE CONSONANTES

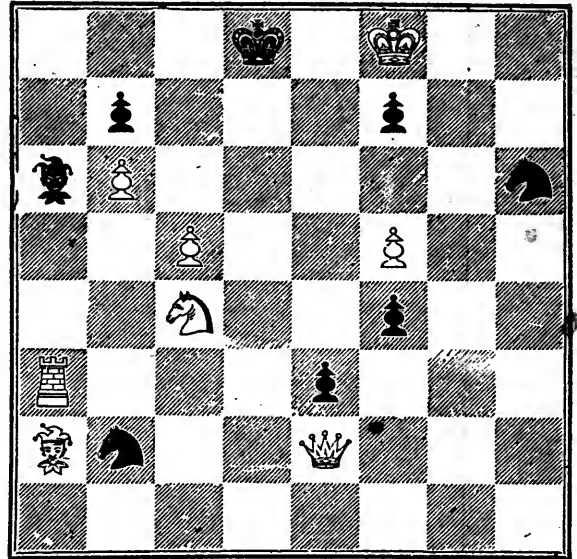
. a. — . o. . a. — e. o. io. e. — ue — e — e. i. o, . a. — . á. i. a. — a. a. . a. — ue — e. . . o. a. o . o. o. — o. o — a. a. òl — ¿. i — a. . è — o. a. o . u. a. . e — e. — a. . o — ie. . o — ue — e. — i. i. o?

FUGA DE UNA LETRA SÍ Y OTRA NO

¿u. — e. — o. — d. — m. — a. g. s. i. s. — p. s. d. m. r., a. t. — e. — a. c. n. — q. e — i — e. h. — e. c. e. r. ?

¡. h — e. t. r. l — ¡. l. s — i. l. s — . — l. — t. e. r., . e — o. f. n. e. — e. — r. f. g. s — e — u. b. e. l ¡. o. o . o. r. e — a! — ¡. a. a — s — o. b. i. l ¿E. t. — s — m. r. — s — s. o — m. r. — i. s — i. ?

**Problema de Ajedrez por M. E. Dubho
NEGRAS**



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

CHARADAS

Consonante es mi primera
Y otro mi cuarta y segunda,
Un pronombre es la tercera;
Y con mi todo se alumbrá.

OTRA

Un clásico historiador
Ves en mi primera y cuarta,
La segunda y la tercera
Es una hija del Africa.

Si no eres todo a la Wiziack
Ofrécele un tercia y dos,
Por el buen tercera y cuarta
Quo te dará con su voz.

OTRA

El que dos y prima tercia,
No prima y dos dos y tres,
Lo que no impide que coma
Lo que en mi todo hallareis.

GEROGLÍFICO NÚMERO 17

